

Capítulo 6

Jesús: Por favor, sin martillos

Se cuenta el incidente de Juancito, de diez años, que volvió a casa de la escuela dominical, y su madre le preguntó qué había aprendido.

—Bueno —contestó—, nuestra maestra nos contó de cuando Dios envió a Moisés detrás de las líneas enemigas para rescatar a los israelitas de los egipcios. Cuando llegaron al Mar Rojo, Moisés llamó a los ingenieros para que construyeran un puente de pontones. Después que todos cruzaron, miraron hacia atrás y vieron que venían los egipcios con sus tanques. Rápido como un relámpago, Moisés sacó su celular y mandó un mensaje a las oficinas centrales para que enviaran bombarderos para destruir el puente y salvar a los israelitas.

—¡Juancito! —exclamó la madre—. ¿Es esa realmente la forma en que la maestra contó esa historia?

—Bueno, no exactamente, —dijo él—. Pero si te lo contara como ella lo contó, no lo creerías.

Sin saberlo, Juancito había tropezado con el principio vital de la misión, el de la contextualización: comunicar las verdades espirituales en la forma más efectiva posible. Tal vez él abusó del principio, pero por lo menos trató de hacerlo.

¿Cómo comunicamos la esperanza que encontramos en Jesús de manera que sea accesible y relevante? ¿Cómo nos comunicamos en las sociedades posmodernas, en las que muchas personas ya no creen en Dios o en la Biblia? ¿Cómo compartimos el evangelio en sociedades dominadas por alguna de las otras religiones principales del mundo que tienen conceptos espirituales radicalmente diferentes que los nuestros?

Consideremos otra vez las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, el misionero Maestro.

Golpear las puertas

El apóstol Juan describe a Jesús llamando a la puerta y diciendo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). Jesús no está a la puerta con un ariete. Ni siquiera procura abrirla con una llave maestra o una ganzúa. Golpea, espera respetuosamente, y nos deja elegir si queremos abrir la puerta o no.

Dios nos invita a la salvación. Él no trata de engañarnos, de halagarnos, de sobornarnos o forzarnos. La conclusión del libro del Apocalipsis describe bellamente a Dios, quien invita: "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Apocalipsis 22:17).

El agua de vida es dada gratuitamente a todos los que la quieren. Demasiado a menudo tenemos la idea de que es nuestra tarea la de "convertir" a la gente, en vez de dejar eso al Espíritu Santo. Y así tratamos diferentes métodos para abrir las puertas de los corazones de la gente. Hablamos de "cuñas de entrada", una metáfora maravillosa si estamos hablando acerca de formas atrayentes de abrir el paso para que la gente acepte a Jesús. No es tan atractiva si queremos decir que son cuñas que ponemos entre la puerta y el marco de ella, tomamos un martillo, y abrimos la puerta a la fuerza.

Nuestra misión es unirnos a Jesús en llamar a las puertas, invitar a la gente a abrir sus vidas a él. Nuestra vocación es orar para que el Espíritu Santo toque las emociones y las mentes de la gente para que se abran a su amor. Jesús mismo estaba tan interesado en abrir puertas a la gente, que dijo: "Yo soy la puerta" (Juan 10:7).

Por eso debemos ser cuidadosos cuando algunos evangelistas muy entusiastas, motivados por buenas intenciones, hablan acerca de "cerrar la venta" para "obtener decisiones". O cuando leemos acerca de un "método seguro, de cinco pasos" para testificar. No hay métodos "seguros". La decisión de seguir a Jesús no es un producto que se compra o se vende. Jesús llama a la puerta, pero no necesita emplear las técnicas que usan los vendedores de autos usados. Ese momento maravilloso cuando un ser humano ejerce el don de la libre elección para abrir la puerta a Dios no puede ser reducido a una mera transacción comercial.

Simón el mago vio a Pedro y Juan poner las manos sobre la gente para concederles el Espíritu Santo. Quedó tan impresionado que ofreció pagarles para tener el poder de hacer lo mismo. "Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero", exclamó Pedro. "No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios" (Hechos 8:20, 21).

En su edición de febrero de 2007, la revista *Travel & Leisure* [*Viajes y ocio*] publicó un artículo acerca de Mongolia, titulado: "Imperio Interior", en el que se citaba que un anciano de otra denominación decía que los Adventistas del Séptimo Día sobornan a los mongoles para convertirlos. Le escribí al editor:

"Los líderes adventistas en ese país investigaron a todos los empleados de la iglesia y no encontraron ninguna evidencia de esa práctica. En primer lugar, la Iglesia Adventista y sus feligreses en Mongolia no tienen dinero efectivo en abundancia como para ir sobornando a la gente. Pero más importante todavía, va contra nuestros principios, ya que somos amantes de la libertad. Preferimos el método anticuado de respetar la libertad de elegir de la gente, y confiamos enteramente en la atracción del mensaje cristiano. Estamos agradecidos de que ese método ha traído éxito a nuestra iglesia en más de 200 países del mundo que ustedes elogian tan bien en su revista".

De todos los dones que Dios ha dado a los seres humanos, tal vez el más poderoso es el de la libertad de elección. Él respeta el derecho de la gente de ejercerlo. También debemos hacerlo nosotros.

Introducir la verdad a hurtadillas

Flannery O'Connor, la famosa escritora norteamericana del sur, trató de compartir su fe cristiana por medio de relatos. "Al leer mis propios escritos", dijo ella, "he descubierto que mi tema en la ficción es la acción de la gracia de Dios en el territorio mantenido por el diablo". Algunos la han criticado por usar imágenes y personajes desconcertantes. Ella respondió que por cuanto su audiencia no comparte las creencias de ella, necesita sorprenderla. "Cuando puedes suponer que tu audiencia tiene las mismas creencias que tú", dijo ella, "puedes relajarte un poco y usar medios más normales de hablarles; cuando tienes que suponer que no lo hace, entonces debes desconcertarlos para que tu visión les resulte visible: a los que son algo sordos, tienes que gritarles, y para los que son casi ciegos, dibujas figuras grandes y alarmantes".¹

Doris Betts, una escritora posterior, también del sur, escribe: "Ciertamente ese es un método, pero yo –como muchas madres y maestras de infantes– he encontrado que los susurros pueden ser también efectivos... Hay una variación entre las ocasiones en que Jesús injuria a 'la generación de víboras' y aquellas cuando se agachó y en silencio escribió palabras en el suelo. A veces, Jesús pronunciaba sus ayes contra los líderes religiosos. Pero en otras ocasiones contó

¹ Flannery O'Connor, citado en Dick Staub, *The Culturally Savvy Christian: A Manifesto for Deepening Faith and Enriching Popular Culture in an Age of Christianity Lite* (San Francisco: John Wiley & Sons, 2007), p. 193

parábolas que hacían entrar la verdad a hurtadillas por la puerta de atrás, y suavemente llamaba a los corazones de su audiencia".²

Por supuesto, las parábolas pueden golpear a las audiencias directamente en la cabeza. En una ocasión, Dios usó una parábola para hacer volver en razón a un hombre que él había elegido para ocupar el trono de Israel. Como si cometer adulterio con Betsabé no hubiera sido suficientemente horrible, el rey David añadió el pecado de asesinar a su esposo Urías. Podríamos haber esperado esto de algún malevo o miembro de la mafia, no de alguien a quien Dios llamó "según su corazón". En una declaración sumamente moderada, el autor de 2 Samuel dice que esto "fue desagradable ante los ojos de Jehová" (2 Samuel 11:27).

De inmediato, Dios envió a su profeta Natán para ver a David. Pero en lugar de condenar a David por su horrendo pecado, Natán le contó una parábola, una historia breve que le hizo entrar la verdad por la puerta de atrás. La historia captó la atención de David y su simpatía y lo despistó en relación con lo que Natán quería decirle.

Dos hombres –el uno rico, el otro pobre– vivían en una ciudad. Mientras el rico poseía muchas ovejas y ganado, el pobre tenía sólo un corderito por el que había trabajado duro para poderlo comprar. El corderito crecía junto con sus hijos, comía de su plato, bebía de su taza. Acariciaba al cordero como si fuera su propia hija.

Un día, una visita llegó a la casa del hombre rico. En lugar de matar a una de sus muchas ovejas para la cena, el hombre rico tomó el corderito amado del hombre pobre, lo sacrificó y lo sirvió a su huésped.

Al contar la historia, Natán era un experto pescador. Enganchó la atención de David, y luego lentamente comenzó a acortar la línea. Al terminar Natán la historia, David exclamó: "Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte" (2 Samuel 12:5).

Habiendo enganchado a su pez, Natán lo trajo a la orilla. "Tú eres aquel hombre", exclamó (versículo 7).

Tal es el poder de una parábola. Atrapa nuestro corazón, capta nuestra atención, y nos da una palmada con la verdad cuando menos la esperamos. No es extraño que fuera el método principal de enseñar de Jesús.

Jesús saturó sus parábolas con significado. Dos personas podrían oír la misma historia y, dependiendo de dónde se encuentran espiritualmente, reciben mensajes

² Doris Betts, "Whispering Hope" ["Esperanza susurrante"], en *Image: A Journal of the Arts & Religión* [Imagen: Un periódico de las artes y la religión], número 7, otoño de 1994.

diferentes. Una entrega directa podría dar demasiada información o levantar una barrera tan obvia que la gente no escucharía.

Marcos 4 contiene cuatro parábolas de Jesús: el labrador sembrando semillas, la lámpara, la semilla que crece, y la semilla de mostaza. Al final de cada parábola, Marcos explica: "Con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír" (Marcos 4:33).

Cuando estaba adiestrando a mi hija Bethany, de dos años, no trataba de enseñarle mucho más que "Jesús me ama a mí". Tratar de explicar las complejidades de la historia de la cristología o los principios de interpretación profética hubiera sido un desperdicio. Del mismo modo, por medio de parábolas, Jesús entregaba la verdad como una medicina, bien medida. Les daba a los oyentes la dosis exacta para sus necesidades espirituales.

En nuestra testificación debemos evitar dar a la gente el agua de vida por medio de una manguera de incendio. Seguir el ejemplo de Jesús significa buscar maneras de alcanzar a la gente con ángulos novedosos, tal vez cuando menos lo esperan. Significa dar forma a nuestro mensaje según sea nuestra audiencia, llegando a sus intereses y niveles de comprensión.

El toque del Maestro

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar", dijo Jesús. "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:28-30). El abrió sus brazos para todos, especialmente a los rechazados o despreciados por la gente religiosa "buena".

Jesús atraía a los pecadores. Lo invitaban a sus fiestas. Gozaban con pasar tiempo con él. Jesús realmente se ganó la reputación como persona que iba a fiestas, y fue criticado por andar con gente pecadora. Llegó a ser conocido como "amigo [...] de pecadores" (Mateo 11:19), un sobrenombre maravilloso. En una ocasión, los fariseos vieron a Jesús comiendo con recolectores de impuestos (publicanos) y "pecadores" en la casa de Mateo. Preguntaron a sus discípulos por qué él comía con esa gente. Jesús escuchó lo que decían y replicó: "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento" (Mateo 9:10-13).

¿Han notado algo acerca de las personas "justas" dentro de la iglesia, quienes son rápidas para levantarse y condenar, llamar al pecado por su nombre, y rehusar comprometer las normas de ninguna manera? ¿Que les tiran con capítulos y

versículos a los jóvenes, que lamentan los pecados de la comunidad de la iglesia, y nunca muestran una sonrisa? Ellos no atraen a los pecadores. Los pecadores no se juntan con ellos. Pero tampoco conducen gente a Cristo.

La declaración de filosofía de la Iglesia Adventista del Séptimo día de Markham Woods, en Orlando, Florida, Estados Unidos, dice:

"La familia de nuestra iglesia no es una fraternidad para los perfectos, sino un grupo de apoyo para los que necesitan crecer. Nuestra meta es aceptar personas donde están en su jornada espiritual, proporcionarles un ambiente donde personas menos-que-perfectas puedan tener la confianza del amor, la aceptación y el perdón en una familia espiritual".

Esta congregación espera que la descripción que hace el profeta Isaías de la venida del Mesías (Isaías 42:2,3) pueda aplicarse a ella.

"No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia".

Jesús conocía el poder del toque personal de amor. Se mezclaba con la gente de todas las clases sociales. Sus pies se cubrieron de arena, sus manos se ensuciaron. Llevaba la piel humana, respiraba aire, caminaba sobre nuestra tierra. No estaba contento con quedarse sentado en el cielo, dar vuelta una llave, y milagrosamente enviarnos esperanza por larga distancia. La salvación no se realizó vía control remoto celestial. Jesús nos trajo esperanza personalmente.

En un hospital público en Arua, Uganda, una joven esperaba el nacimiento de su primer bebé. Tuvo un parto largo y difícil. Acostada en su cama de hospital, sólo podía susurrar en las contracciones: "Dios ayudará". Cerca de ella había una misionera adventista, Kristina Muelhauser, dándole palmaditas en el brazo y animándola. Entonces se llevaron a la joven para hacerle una cesárea.

Kristina vive en Arua con su esposo, Darrel, y su hijo menor, Harmony. Darrel dirige a un grupo que se prepara para el ministerio para la Iglesia Adventista en el Sudán. Kristina le enseña la escuela en casa a su hija Harmony y le ayuda a la partera en la comunidad local.

Esa noche ella volvió al hospital para ver al bebé. Allí estaba, una niñita regordeta. La familia, todos musulmanes, rodeaban a la radiante madre joven.

A la mañana siguiente, Kristina regresó para ver a la madre y descubrió que el bebé había fallecido durante la noche. "La madre yacía quieta en la cama con sus ojos cerrados; no les prestaba atención a las otras cuarenta mujeres con sus bebotes, que estaban en la misma sala con ella", dice Kristina. "Mi corazón parecía de plomo".

Kristina volvió rápidamente a su casa y encontró un sombrero blanco, suave, con tulipanes amarillos, que ella había tejido años antes. Puso el sombrero en su cartera y volvió en su bicicleta al hospital. La abuela de la bebé estaba triste, parada al pie de la cama de su hija. Ella no hablaba inglés.

Kristina le dijo a la enfermera que el sombrero era para la bebé muerta. Ella se sorprendió pero le explicó a la abuela lo que Kristina quería hacer. Las enfermeras estudiantes y las mujeres en las otras camas miraban en silencio.

"Las mujeres musulmanas africanas aquí cubren sus cabezas, pero no sus rostros", dice Kristina. "Yo podía ver con facilidad las lágrimas que fluían por las negras mejillas de la querida abuela cuando destapó la cabeza del bebé. Juntas, musulmanas y cristianas, negras y blancas, le pusimos el sombrero; nuestras manos y corazones se estaban tocando.

"La madre no se había movido ni abierto los ojos durante todo este tiempo", añade Kristina. "Estaba quieta en la cama, silenciosa, con su dolor y su pesar. Le pedí a la abuela que acercara la bebé a la madre para que la pudiera ver por última vez. La madre abrió los ojos. Tiernamente acaricié la mejilla de la bebé, y luego la de la madre, y todas lloramos juntas, silenciosamente".

Kristina dice que ella y su familia son personas comunes. Ella nunca tuvo un gran deseo de servir como misionera del otro lado del océano. Ella no quería dejar a su familia y su agradable hogar en el este de los Estados Unidos. Pero todo eso había cambiado. Ella encontró sentido y propósito al seguir el ejemplo del Salvador, quien fue un modelo de este tipo de amor abnegado.³

Dones y errores espirituales

Para ayudar a la iglesia a compartir las buenas nuevas, Dios nos ha equipado con una variedad de dones espirituales. No todos son predicadores. No todos son maestros. No todos son evangelistas públicos. No todos pueden ir de puerta en puerta. Pero cada uno de nosotros tiene dones que pueden ayudar a comunicar esperanza en Jesús.

Cuando era niño, estudié violín. Como saben, el violín es un instrumento con cuatro cuerdas que puede producir música hermosa. A pesar de años de lecciones, nunca descubrí cómo hacer que el mío sonara así.

El problema es que hay muchas variables cuando se toca el violín: los dedos tienen que estar sobre la porción exacta de la cuerda, el arco debe estar en posición

³ Para leer más historias acerca de los Muelhauser y otras familias de misioneros, visite *blogs* como www.AdventistMission.org

correcta, el vibrato debe ser justo. Cuando todo esto se maneja con habilidad, el resultado es melodioso. Cuando no se lo hace, el ruido puede matar a otro ser humano a veinte pasos. Suena como una soprano de ópera con laringitis.

En casa, yo era diligente en practicar mis escalas y arpeggios, pero mi hermano Wayne me gritó:

—¡No vas a llevar esa cosa al cielo!

—¿Por qué no?—contesté.

—La Biblia dice que no habrá ninguna cosa detestable allá —declaró alegremente.

Mi madre tiene talento musical (y muchos otros). Ella toca el piano y el órgano, y tiene una hermosa voz. Ella me animó a tocar partes especiales en la iglesia. Sólo una madre amante podía hacer eso. Yo pasaba al frente y estaba tan nervioso que mi arco rebotaba sobre las cuerdas como si éstas fueran un trampolín. Los dedos, de puro terror, danzaban sobre las cuerdas en un vibrato sorprendentemente agresivo.

Eventualmente me di cuenta de que la presentación pública de mi violín no era mi don. Yo no era un concertista de violín, y tampoco tenía que serlo.

Si no puedes cantar, no formes parte del coro. Si no eres un predicador, no prediques. Y si no puedes tocar el violín, por favor, por favor, no toques el violín. Encuentra tu don y, por la gracia de Dios, úsalo.

El apóstol Santiago escribe: "Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras" (Santiago 2:18).

Podemos hablar acerca de la fe, y debemos hacerlo. Podemos hablar sobre doctrinas, y debemos hacerlo. Podemos hablar de la esperanza en Jesús, y debemos hacerlo. Pero la forma más efectiva y convincente de comunicar el amor de Jesús es mostrar a la gente la diferencia práctica que hace este amor en nuestras vidas individuales y que podrá hacerlo también en las de ellos.

Esto es algo que habla en todos los idiomas y llega a todas las culturas.